

caen los pecadores rebeldes que se apartan de Dios, las cuales descubre el Evangelista diciendo: «Luego que el hijo pródigo consumió toda su hacienda, sucedió una grande hambre en aquella región; y viéndose en necesidad, se llegó á un ciudadano, el cual le envió á su granja para que apacentase puercos, y deseaba hartar su vientre de lo que comían los puercos, y ni aun eso le daban». La primera miseria es grande hambre y falta de la comida espiritual¹, la cual prevalece en la región de los malos, porque ni reciben Sacramentos, ni oyen la palabra de Dios, ni leen buenos libros, ni ven buenos ejemplos, ni gustan los consuelos interiores del alma. La segunda es sujetarse al ciudadano mayor de esta región, que es el demonio, y servirle miserablemente, amando con amor estrecho lo que habían de aborrecer, y obedeciéndole en cosas infames y en vicios indignos de la generosidad del hombre. La tercera es apacentar puercos, que es ocuparse en sólo el gobierno de sus sentidos y apetitos carnales, buscándoles en qué se ceben, y en apacentar á los demonios, cuya comida son las lujurias y carnalidades del hombre, con que ellos se deleitan. La cuarta es ser tanta el hambre de sus deleites, que nunca se ven hartos, ni alcanzan lo que desean, porque el manjar que comen no es de hombres, sino de bestias inmundas, y así no basta para hartarlos. ¡Oh miseria del hombre, que de hijo de Dios viene á ser émulo de los puercos! Mas no paran aquí estas miserias, sino que suele el Señor afligir á los pecadores con miserias temporales, sembrando sus caminos de abrojos y espinas², para que siquiera por la pena sean cuerdos, y se vuelvan á Dios; y así los castiga con pobreza y hambre, con deshonor y servidumbre, y con otros males temporales, para que la vejación y las penalidades abran los ojos de su entendimiento, que se hallaba anublado y obscurecido por las pasiones. ¡Oh Dios de mi alma! No apartéis de mí vuestro celo misericordioso; si me apartase de Vos, llenadme luego de tormentos, hasta que me vuelva á Vos, haciendo penitencia de mis pecados. ¡Oh alma! Pondera bien las miserias en que caen los que se apartan de Dios. ¿Te apartarás tú de Él? Y si te hubieses apartado, ¿no volverás á su servicio?

Epílogo y coloquios. ¡Oh cuán admirable es la sabiduría, generosidad y providencia del Señor en la distribución de sus bienes! Como el mar engendra las nubes que van á llevar la fertilidad á todos los campos, el agua á todos los ríos y el verdor á los montes, así de Dios proceden todos los bienes naturales y sobrenaturales distribuidos y repartidos entre todos los seres, y más especialmente entre los hombres. No te envanezcas de los bienes que posees, ni te sobrepongas á tu hermano; porque lo que tienes es un regalo de Dios, y tu hermano ha recibido tal vez

¹ Amos, VIII, 11. — ² Osee, II, 6.

algún bien que tú no posees, y en él te supera á ti. Mucho menos has de ensoberbecerte por ellos, si piensas que tu dicha no está en poseer tales bienes, sino en vivir en la casa de tu Padre celestial, disfrutar de su amistad, seguir sus consejos, someterte á sus leyes y no apartarte de Él. Y, sin embargo, esto es lo que no has hecho, de esto te has olvidado. ¡Infeliz! Miraste con vana complacencia los dones recibidos, y para gozar de ellos sin trabas, te alejaste de la compañía de tu Padre, yéndote á una región lejana, olvidándote de Dios. Mas ¡ah, qué miserias tan espantosas vinieron sobre ti! Hambre cruel que no pudiste saciar, esclavitud ominosa de la que no te pudiste librar, entretenimientos y gustos groseros, propios más de los irracionales que de los hombres, los cuales, lejos de apagar tu sed de placeres, la encendían y hacían más intolerable. ¡Oh estado lamentable del hombre, hijo de Dios, criado para la gloria, destinado á ser compañero de los ángeles! ¿Te hallas acaso en él? ¿Te hallaste en otro tiempo? ¿Qué debes practicar para no delinquir otra vez? Reflexiónalo maduramente; forma eficaces y firmes propósitos de evitar los pecados y huir de los peligros; despierta ya de tu letargo espiritual, y con fervor y confianza pide á Jesús por ti y por todos los pecadores.

121.—ARREPENTIMIENTO DEL HIJO PRÓDIGO.

PRELUDIO 1.º Arrepentido el hijo pródigo, determinó volver á su padre, el cual le recibió con grandes muestras de alegría, llegando á despertar la emulación del otro hijo bueno y sumiso.

PRELUDIO 2.º Representate al pródigo confuso y lloroso delante de su padre, y á este abrazándole.

PRELUDIO 3.º Pide grande confianza en la bondad y misericordia de Dios.

Punto 1.º Arrepentimiento del pródigo y propósito de volver á su padre.—Reflexionando el pródigo su afflictiva situación, deplorando su soledad y desamparo, y atizado por el hambre, volvió en acuerdo, y dijo: «¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre comen con abundancia, y yo aquí perezco de hambre! Me levantaré é iré á mi padre». Acerca de esta reflexión y propósito del pródigo, has de ponderar primeramente cómo el principio de la conversión del pecador está en entrar dentro de sí mismo, y considerar sus miserias, de las cuales estaba olvidado, por andar fuera de sí, derramado por las criaturas. Para esto le previene Dios con su inspiración é ilustración interior, la cual nunca falta; antes en medio de sus maldades le suele decir aquello del profeta¹: «Volved, ¡oh pecadores!, á entrar en vuestro corazón, y á cobrar el seso que habéis perdido». Mira, ade-

¹ Luc., XV, 17. — ² Isai., XLVI, 8.

más, cuánto importa al pecador hacer comparación de su estado miserable con el estado de los justos, aunque sean los más imperfectos, y los que sirven á Dios como jornaleros, por interés del premio; porque con esto echa más de ver su hambre y necesidad, y también la abundancia con que Dios provee á los que le sirven, y las mercedes que les hace en el uso de los Sacramentos, sermones y otros manjares del alma; y así se anima á desear y á pretender un estado que tanta ventaja hace al suyo; y si en algún tiempo fué justo, bueno es que coteje su estado presente con el pasado. Pondera también que importa no menos concebir grandes propósitos de volver á Dios, fundados, por una parte, en humildad y en el conocimiento de nuestra indignidad, y, por otra, en la bondad y misericordia de nuestro Padre celestial, porque con esto se facilita mucho el remedio. Mas luego de hechos los propósitos, conviene ponerlos en obra, antes que se enfrien, como lo hizo el pródigo; el cual al momento se levantó y comenzó á caminar. ¡Oh Padre mío! Conozco que soy tan miserable que no merezco ser llamado hijo vuestro, ni nombre tan glorioso debe darse á un hombre tan infame como yo; mas, pues Vos sois Padre, á vuestra casa vuelvo, esperando que me admitiréis; á vuestros pies me arrojo, diciéndoos con dolor que pequé contra el cielo y contra Vos. Si no merezco ser hijo vuestro, admitidme como el último de vuestros esclavos. ¡Oh alma! Entra en tí misma, y si conoces haberte apartado alguna vez de Dios, imita al pródigo en sus buenas resoluciones.

Punto 2.º *Amor con que el Padre recibió al hijo arrependido.*—En viendo el Padre á su hijo desde lejos, movido de misericordia, corrió para él, echóle los brazos al cuello, y le perdonó, disponiendo á seguida un banquete en señal de regocijo por haberle hallado. En lo cual has de ponderar la infinita bondad y misericordia de Dios con el pecador, que resplandece en muchas cosas. Porque, primeramente, le mira con ojos de misericordia, aun cuando está lejos de Él, y no ha acabado de convertirse, pero trata de ello; y con esta piedad acude como corriendo con gran presteza, para ayudarle con inspiraciones y toques interiores, hasta que se convierte del todo y se junta con Él, abrazándole y dándole beso de paz; esto es, restituyéndole á su amistad y gracia. Luego le restituye lo que perdió con gran munificencia; dale la estola y la vestidura de la gracia y caridad, el anillo del Espíritu Santo y trato familiar con Dios, y el ejercicio de las buenas obras para sus manos; para los pies el calzado de la divina protección, y de las virtudes que mortifican los afectos del ánimo y enderezan sus pasos, y la adornan para predicar á otros el Evangelio de paz; convídale con el alimento nutritivo de su sacratísimo cuerpo en el Sacramento del altar, y con la abundancia de los consuelos y regalos espirituales que allí le concede. Finalmente: todo esto hace con grande

gusto y alegría, como si le interesara algo su conversión, y quiere que todos sus criados se alegren y que celebren juntos delicioso banquete. Por lo cual, el pecador, que antes creía que sólo podía ser recibido como vil esclavo, ya se llena de confianza, y no le pide que le admita entre sus jornaleros, como no lo pidió el hijo pródigo, á pesar de haberlo antes resuelto; sino que se arroja en las manos de tan amoroso padre, esperando que le admitirá por hijo. ¡Cuánta es la caridad de nuestro Padre celestial! ¿No le responderemos fielmente? ¡Oh Padre mío! Mucho os debo por los bienes que me dais; pero muy más obligado me siento por el gusto y exceso de amor con que me los dais. Quisiera yo en adelante servirlos con este mismo contento y gusto, pagándoos algo de lo mucho que os debo, pues no se puede pagar amor, si no es con amor.

Punto 3.º *Disgusto del hijo mayor, y cómo le consuela su padre.*—Viniendo del campo el hijo mayor, y oyendo la música y regocijo de su casa, preguntó qué era aquello; y sabiendo que era una alegre fiesta por la vuelta de su hermano, se indignó, y no quería entrar; mas su padre le consoló, diciendo: «Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas». En todo esto debes de ponderar, ante todo, cómo algunos imperfectos, que han sido inocentes y preservados de grandes pecados, suelen tener envidia de los favores que hace Dios á los que han sido muy pecadores, y murmuran y se quejan de que Dios no los regala como á ellos, pareciéndoles que lo merecen mejor; lo cual nace de falta de humildad y caridad, y es muy ofensivo á Dios; el cual gusta mucho de que nos gocemos del bien que hace á nuestros hermanos, y digamos como Moisés: «¡Ojalá todo el pueblo profetizara!» ¡Ojalá, Señor, recibáis á todos los pecadores y los levantéis á grande alteza de santidad! Considera luego el intento de Cristo nuestro Señor en el dicho de este hijo mayor, que fué exagerar la misericordia y generosidad que hace Dios con el pecador, la cual es tan grande, que basta para provocar á envidia y queja á los justos, aunque ellos por su virtud no den entrada á tales vicios, venerando los secretos juicios de Dios y la grandeza de su bondad en comunicarse á las criaturas, dando algunas veces muestras de mayores regalos á los que son más indignos de ellos. Oye, finalmente, y medita las palabras con que el Padre de misericordia responde interiormente á los justos que de veras le sirven: «Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas». ¡Oh Padre amantísimo! ¿Qué es lo que decís? ¿Qué mayor favor puede haber que este? Si todas vuestras cosas son mías, mía es vuestra gracia, míos vuestros dones, mío vuestro cielo, mío vuestro Hijo y mi Redentor, y mío sois Vos mismo, en quien están todas

las cosas. ¡Oh Padre mío, Dios mío y todas mis cosas! Vos sois mi regalo, mi honra y mis riquezas; y si vuestras cosas son mías, las mías también son vuestras. ¿Hemos sentido alguna vez envidia de nuestros prójimos? ¿Podemos decir con certeza que todas nuestras cosas son de Dios, y que ninguna le usurpamos, como si fuera propia?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán eficaces son las tribulaciones y penalidades para que el hombre abra los ojos del alma y se aparte del extraviado camino que antes seguía! El hijo pródigo, que había resistido á todos los halagos, súplicas y lágrimas de su padre, al verse solo, hambriento y desnudo, comienza á reflexionar consigo mismo; compara su estado presente con el que tenía en la casa de su padre; su miseria y hambre con la abundancia y regalo de los jornaleros de su casa; y esta meditación despierta en él un propósito eficaz de volver allá; propósito que al instante principia á poner en práctica. Pero ¿qué hará su padre? ¿Le recibirá? ¿No le recordará siquiera su ingratitude pasada? Nada de esto; como si le estuviera acechando, le ve de lejos, y, enternecidas sus paternas entrañas, corre á él, abrázale con ternura, riégale con amorosas lágrimas, y dale dulce beso de paz; pone en su mano hermoso anillo, en sus pies rico calzado, y cubre su desnudez con preciosa estola. No contento con esto, llama á sus criados, mándales preparar delicioso banquete, y entre festivas músicas y regocijos celebra el hallazgo de un hijo perdido y la resurrección del que había muerto. ¡Oh caridad divina, que así se porta con aquellos mismos que le han despreciado y rechazado, después que se arrepienten! Es tal su incendio, que basta para despertar celos y emulación en sus hijos más queridos, al ver que así regala á los ingratos. ¿Quién osará todavía desconfiar de la caridad de este amoroso Padre? ¿Hemos sido hijos pródigos? ¿Deseamos volver á la amistad de nuestro Padre ofendido? ¿Conocemos que nuestro estado es demasiado vil para aspirar á la dignidad de hijos? No importa, humillémonos profundamente, y resolvámonos á servir con mayor fidelidad á tan buen Padre; y para verificarlo más eficazmente, hagamos propósitos, y supliquemos por nosotros y por el mundo.

122.— PARÁBOLA DEL SAMARITANO.

PRELUDIO 1.º Un hombre cayó en manos de ladrones, los cuales le hirieron hasta dejarle medio muerto; viéronle un sacerdote y un levita, y pasaron de largo; vióle un samaritano, y se compadeció de él.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús proponiendo esta parábola.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de tener caridad con el prójimo.

Punto 1.º *Circunstancias de la parábola.*— Jesucristo, para explicar á un letrado quién era su prójimo, propuso la im-

portante parábola del hombre que bajaba de Jerusalén á Jericó, y cayó en manos de unos ladrones, que, después de robarle cuanto tenía, le hirieron gravemente, hasta dejarlo medio muerto. Acerca de lo cual debes ponderar que este hombre caído en manos de los ladrones representa á cualquier hijo del Adán terreno, que, á imitación de su padre, estando en gracia y amistad de Dios, señalado por heredero del cielo, va cayendo de este estado, inclinándose á los bienes de este mundo miserable y mudable, figurado por Jericó, que quiere decir Luna, y en esto está el principio de su perdición. Sálenle al camino los demonios, que son ladrones, salteadores y enemigos nuestros; los cuales con sus tentaciones, ora al descubierto, ora con traición y engaño, con el auxilio de los otros enemigos pretenden destruirnos. Los bienes que roban al que cae en sus manos son la gracia de Dios, los dones del Espíritu Santo, la caridad, con las virtudes infusas que la acompañan, y, en especial, á unos roban la castidad, á otros la humildad, á otros la paciencia, á otros la templanza ú otras, y también la esperanza, haciendo caer en desesperación, ó la fe, haciendo caer en infidelidad. Las llagas y heridas que le causan son los daños que dejan en nuestras potencias; la ignorancia en el entendimiento; la debilitación del libre albedrío; la furia desordenada de los apetitos y pasiones inclinadas á lo terreno. De todo lo cual resulta quedar el miserable medio vivo, porque sólo le queda la luz de la fe ó de la razón natural, y queda medio muerto, con peligro de morir eternamente. Considerando todo esto, en la persona de este desdichado hombre has de mirarte á ti mismo y lamentar tu desventura, viendo que, por haberte inclinado con desorden á los bienes deleitables, has venido á caer en manos de tus enemigos por tu culpa, robándote todos los bienes espirituales que poseías, y poniéndote en peligro de perderte para siempre. ¡Oh Dios eterno! Mirad con ojos de misericordia á este pobre miserable; por mi culpa me he dejado robar de mis enemigos; las llagas y heridas que he recibido en mi alma son mortales; desde la planta del pie á la coronilla de la cabeza, no hay en mí parte sana²; socorredme con vuestra gracia, antes que acabe de morir desdichada muerte.

Punto 2.º *Crueldad de un sacerdote y un levita con el enfermo, y caridad de un samaritano.*—Considera cómo estando el desgraciado herido postrado en el suelo sin poderse menear, pasó por allí primero un sacerdote, el cual no hizo caso y no se paró siquiera; luego pasó un levita, y tampoco le socorrió; vino después un samaritano, quien se llegó á él y se compadeció. El sacerdote y el levita que con tanta crueldad se portaron con el infortunado herido, representan el linaje de los hombres constituidos en cualquier dignidad y excelencia que sea; los cuales no

¹ Luc., x, 30. — ² Isai., I, 6.

son bastante para remediar á un pecador, y así, todos le dejan y pasan de largo; y aunque tienen ojos para ver su miseria, no tienen de sí mismos posibilidad para remediarla. Demás de esto, unos tienen poca compasión de los males ajenos, por estar muy metidos en sus propias comodidades; otros por parecerles que tienen hartos que ver consigo y defenderse de los ladrones que les acometen en el camino, y temen que si se detienen á curar al caído, vendrán ellos á caer. Finalmente: ninguna pura criatura puede socorrer á este miserable, ni sanarle de sus llagas; por lo cual, si no le viene socorro del cielo, es fuerza que venga á perecer. El samaritano que tuvo de él compasión, es el Verbo eterno, Hijo de Dios vivo, guarda y amparo de los desamparados, que esto significa samaritano; el cual, viendo nuestro peligro y desamparo, quiso hacerse hombre, bajando de la celestial Jerusalén á este mundo, y vivir como hombre, caminando por los caminos que andan los demás hombres, pero sin pecado, aunque conversaba y se acercaba á los pecadores; por lo cual fué tenido por pecador y samaritano¹, y abominado de los judíos. Aun ahora es tal su compasión, que se le van los ojos tras cualquier pecador que ve despojado de su gracia y rendido á los demonios, con peligro de su eterna condenación. ¿Agradecemos á Jesús el amor que nos muestra? ¿Hemos imitado la dureza del levita y del sacerdote con nuestro prójimo? ¿Oh piadosísimo Samaritano, que vinisteis del cielo á pasar por este mundo, y pasasteis haciendo bien á todos, y sanando á los que estaban llagados y oprimidos del demonio! Gracias os doy por la misericordia que tuvisteis de nosotros, y por el bien que nos hicisteis, remediando nuestra miseria, la cual quedara sin remedio si no fuera por vuestra gran misericordia.

Punto 3.º *Modo cómo el samaritano remedió al enfermo.*

— Considera aquí el modo cómo el divino Samaritano tuvo misericordia de nosotros y los innumerables bienes que nos hizo, comparándolos con los que hizo el samaritano al herido, á quien se resolvió de remediar. Primeramente, acercóse al llagado; esto hace Jesús con el pecador, el cual no podría ir á buscarle si Él mismo no se anticipase; de manera que, siendo Él el ofendido, es el primero que se baja, ofreciendo la reconciliación. Luego ató sus llagas y heridas para que parase la corriente de la sangre, y del propio modo este piadosísimo Cirujano nos toma la sangre y ata la corriente de los pecados y la furia impetuosa de las pasiones con la venda purísima de su gracia y caridad, la cual nos ha merecido, siendo Él mismo atado con sogas, y habiendo derramado su sangre con terribles tormentos. ¡Oh piedad infinita de Jesús...! En seguida echó encima de las llagas óleo y vino, lo cual significa los Sacramentos eficacísimos, llenos de misericordia y

¹ Joan., viii, 48.

virtud celestial, con los cuales unge Jesús al pecador, le cura, sana, conforta, sustenta y le alegra el corazón. Viendo que el herido no podía andar por su pie, cargólo sobre su jumento para llevarle á la posada; y el Salvador, vivamente compadecido de los enfermos espirituales, carga sobre su cuerpo santísimo el peso de nuestras culpas, y nos ayuda con sus inspiraciones y socorros para hacernos suave el yugo de su ley y la observancia de sus preceptos. Por último: al modo que el samaritano, el Señor, bondadoso, saca al enfermo del camino, quitándole de las ocasiones de pecar, y le pone en el mesón honrado, seguro y muy acomodado de su Iglesia ó Religión, en donde tiene todo lo necesario para convalecer. ¡Oh caridad infinita de Jesús! ¿Qué gracias os podré dar por tantos favores y regalos como me habéis hecho? Los ángeles os alaben por ellos y mi alma se deshaga en vuestras alabanzas. Bendito seáis por el óleo y vino con que curáis mis llagas; bendito seáis mil veces por el socorro con que aliviáis mi flaqueza; seáis cien mil veces bendito por haberme sacado de tantos peligros y puéstome en la posada de vuestra Iglesia; y millones de veces lo seáis porque me habéis puesto en la posada segurísima de la Religión.

Epílogo y coloquios. ¡Ay del hombre que, viviendo en amistad y paz con el Señor, comienza á aficionarse desordenadamente á los bienes de la tierra! Le sucederá lo que á aquel desdichado que bajaba de Jerusalén á Jericó; le saldrán al encuentro los ladrones infernales, que le despojarán de todos los dones sobrenaturales que con la caridad había recibido; le herirán en todas sus potencias hasta dejarle postrado en el suelo, pegado á los bienes terrenos, sin fuerza para moverse por sí solo. ¿Quién sabe si tú te has encontrado ó encuentras en esta espantosa situación? En este caso, ¿quién te podrá remediar? Los hombres, aunque ricos, poderosos, nobles, honrados con altas dignidades, son incapaces de hacerlo, y, lo que es peor, que, aunque pudieran, quizá tampoco querrían. Jesucristo es el piadoso Samaritano en quien únicamente puedes confiar; Él ha descendido del cielo para ser el guarda fiel de la viña de su Padre, y al ver al género humano postrado en el camino de este mundo, despojado de todos los bienes que recibió en su primer padre en la creación, herido con crueles heridas de ignorancia y malicia, debilidad y concupiscencia, compadecido de él, se le ha acercado, ha atado con su gracia las heridas, las ha ungido con sus Sacramentos, y, cargando sobre sí el peso de sus miserias, le ha puesto en su santa Iglesia. Del mismo modo obra con cualquier pecador, y tal vez contigo. ¿Qué dice á esto tu corazón? ¿Estás todavía herido por el enemigo? ¿No gimes y llamas á este divino Samaritano? ¿Te hallas ya en el mesón del estado religioso? ¿Cómo vives en él? Abre los ojos para reconocer los beneficios que te ha hecho Jesús, y, avergonzado de tu mala corresponden-

cia, propón con firmeza mudar de vida, bajando muy al particular, y ruega por ti y por todas las necesidades.

123.—PARÁBOLA DEL SIERVO DE LOS TALENTOS.

PRELUDIO 1.º Llamado á cuentas un siervo que debía diez mil talentos, no pudiendo pagar, se arrojó á los pies de su Rey, el cual, compadecido, le perdonó la deuda.

PRELUDIO 2.º Representate á este siervo á los pies de su Rey, pidiéndole misericordia y paciencia en esperarle.

PRELUDIO 3.º Pide al Señor que te perdone tus muchas deudas.

Punto 1.º *Cuenta que exige Dios á todos sus siervos.*—Considera cómo es un punto de fe que Dios nuestro Señor ha de pedir cuenta¹ estrechísima á todos los hombres, de todos los bienes de naturaleza y gracia que les ha concedido, del modo cómo han usado de ellos, y de los provechos que de los mismos han reportado. De suerte, que esta cuenta será de todos los días que has vivido, de la salud que has disfrutado, de la hacienda, honras y dignidades á que has sido sublimado; allí se pedirá cuenta de todos los beneficios en orden á tu redención, santificación y glorificación. ¡Oh cuán rigurosa, cuán estrecha, cuán exacta será esta cuenta! La cual toma Dios á cada uno en la hora de su muerte, y allí se remata en un momento; pero antes de la muerte la comienza á tomar, cuando interiormente nos avisa de lo que le debemos, y nos pide que le paguemos las deudas contraídas por medio de la penitencia en esta vida; y en especial, cuando nos pone en alguna grave enfermedad ó peligro de muerte, parece que ya es comenzar á tomar la cuenta. Pero pondera cuidadosamente esta espantosa diferencia: que si en el instante de la muerte te alcanza Dios de cuenta, y te halla cargado de graves culpas, la cuenta se concluye sin remedio y sin esperanza de perdón; pero en vida, siempre que se toma cuenta, hay esperanza de salir bien de ella, por la infinita generosidad del Rey eterno. Pensando todo esto, has de procurar entrar en cuentas con tu Dios mientras vives, examinando muy por menudo lo que te alcanza, trayendo para esto á la memoria dos clases de deudas que diariamente vas contrayendo: la una, de beneficios y favores que Él de continuo te hace, por los cuales le debes agradecimiento; y la otra, de faltas que tú cometes, de manera que, en lugar de pagarle con un fiel servicio sus inmensos beneficios, añades á esta deuda otras más graves y difíciles de pagar. ¡Oh Dios de misericordia! Al ver que las deudas de mis pecados y de vuestras generosidades gravitan sobre mí como un peso enorme, me hallo como oprimido, y apenas me atrevo á levantar mis ojos

¹ Hebr., ix, 27; Rom., xiv, 12.

á Vos pidiendo misericordia y perdón. ¿Cómo pagaré tales deudas? ¿Cómo me libraré de tal peso? ¡Oh alma mía! Suple con humildad y confusión propia lo que te falta de virtud y fervor.

Punto 2.º *Gravedad de las deudas del pecador.*—Considera cómo el siervo que debía diez mil talentos¹ es figura del pecador cargado de pecados, cuyas propiedades se significan por los diez mil talentos. La primera es, que son contra los diez mandamientos de la Ley de Dios, quebrantándolos con injuria del Legislador; y aunque el pecado sea contra un solo mandamiento, es, según Santiago², de tal jaez, que encierra alguna manera de injuria contra todos. La segunda, que son muchísimos é innumerables, y por esto se comparan al número de diez mil; y si en este número entran los pecados veniales, podemos decir que son más que los cabellos de nuestra cabeza y que las arenas del mar. La tercera, son gravísimos, y cada uno es pesadísimo como talento, y encierra grande carga y gravísima injuria, por ser contra un Dios infinitamente bueno, y contra sus innumerables y altísimos beneficios, y por ser con desprecio de la sangre de Jesucristo, que es de infinito valor, y en daño de las almas que se compraron con este infinito precio, y con la destrucción de los talentos que Dios nos da con infinita caridad. La cuarta es que ningún hombre puede por sí mismo pagar esta deuda, ni tiene caudal para pagar á Dios un solo pecado mortal, cuanto más tantos, porque, siendo enemigo de Dios, nada puede hacer que le satisfaga, y cuanto le puede dar es nada con respecto de lo infinito que le debe. La quinta es estar sujeto á una pena tan terrible, como es ser vendido él, su mujer é hijos y cuanto tiene; esto es, ser condenado á perder su libertad, y ser perpetuo esclavo del demonio en el infierno, y á perder todos los bienes que Dios le ha dado, corporales y espirituales, quitándoselos como á traidor é indigno de ellos. Mírate á ti en este lamentable estado, y clama con fervor á este gran Dios, el cual es todavía para ti Padre amoroso. ¡Oh Padre de misericordia! Confieso que la gravedad de mis culpas es enorme, su número infinito, su peso insoportable, y no pudiendo yo pagar tales deudas, merecía ser arrojado á la cárcel eterna del infierno; mas, pues sois mi Padre, acudo confiado á Vos, pidiéndoos misericordia y perdón.

Punto 3.º *Generosa condonación de la deuda por el Rey.*—Considera cómo este desgraciado siervo, oyendo que el Rey le condenaba á ser vendido él y todas sus cosas, postróse en tierra, y orando le dijo: «Ten paciencia, señor, en esperarme, y yo pagaré todo lo que debo». Entonces tuvo el señor misericordia del criado, y perdonóle la deuda. Mira en la persona de este criado los medios de que debes valerte para alcanzar el perdón de tus pecados. El primero es no negar la deuda, antes recono-

¹ Matth., xviii, 23. — ² Jacob., ii, 10. — ³ Matth., xviii, 26.